

Periodismo narrativo y novela en Ciudad Juárez: Alejandro Páez Varela y su reino de moscas

MAGALI VELASCO VARGAS, UNIVERSIDAD VERACRUZANA

La edición del 31 de agosto de 1946 de *The New Yorker* publicó de forma extraordinaria, la crónica periodística “Hiroshima” de John Hersey, un texto de 30 mil palabras que originalmente sería distribuido en cuatro entregas pero que su autor junto con Harold Ross director y fundador de la revista, decidieron editar en un número especial. El arranque de esta crónica es suficiente para entender el tono del horror humano:

Exactamente a las ocho y quince minutos de la mañana, hora japonesa, el 6 de agosto de 1945, en el momento en que la bomba atómica relampagueó sobre Hiroshima, la señora Toshiko Sasaki, empleada del departamento de personal de la Fábrica Oriental de Estaño, acababa de ocupar su puesto en la oficina de planta y estaba girando la cabeza para hablar con la chica del escritorio vecino. En ese mismo instante, el doctor Masakazu Fujii se acomodaba con las piernas cruzadas para leer el Asahi de Osaka en el porche de su hospital privado, suspendido sobre uno de los siete ríos del delta que divide Hiroshima; [...] La bomba atómica mató a cien mil personas, y estas seis estuvieron entre los sobrevivientes. Todavía se preguntan por qué sobrevivieron si murieron tantos otros. Cada uno enumera muchos pequeños factores de suerte o voluntad –un paso dado a tiempo, la decisión de entrar, haber tomado un tranvía en vez de otro– que salvaron su vida. Y ahora cada uno sabe que en el acto de sobrevivir vivió una docena de vidas y vio más muertes de las que nunca pensó que vería. En aquel momento, ninguno sabía nada. (2009: 12)

La aparición de este texto marca un hito no sólo en la forma de hacer y entender el periodismo, sino en la historia de las narrativas del dolor, pues no es azar que la crónica narrativa se fortalezca como género a partir de la 2ª Guerra Mundial. Harold Ross y John Hersey coincidieron que el evento bélico que le arrebató la vida a cien mil personas y más, a un año de acaecido, no hubiera sido afrontado sensiblemente. Parecería que nadie había escrito ni reflexionado ni tomado un avión, como lo hizo Hersey, rumbo al otro extremo del mundo para hablar con los muertos.

El periodismo en Ciudad Juárez, sobre todo el ejercido en la última década del XX y lo que va del nuevo milenio, ha privilegiado la crónica y el reportaje como géneros que recopilan las narrativas del dolor: el feminicidio, las desapariciones, los tejidos sociales fracturados, la ingobernabilidad y sus agentes violentos. La crónica y los textos de carácter testimonial publicada no sólo en los periódicos o páginas de internet, sino recopiladas en antologías o libros de autor (como es el caso de *El silencio que la voz de todas rompe*, enriquecen una veta para los lectores ávidos de “explicaciones”, ávidos de comentar con otros las oblicuas sospechas de la “Verdad”.

El periodismo narrativo norteamericano se comprende a partir de autores como Thomas Wolfe o Truman Capote, sin embargo, esta necesidad de narrar desde los sobreviviente, de reconstruir los hechos ordenados en tiempo y espacio con el fin de perpetuar la memoria e invitar a la reflexión, revelan ecos en producciones tan antiguas como *Diario del año de la peste*, de Daniel Defoe, de 1722.¹

El periodismo narrativo podría disputarse definiciones y fronteras con la *Nonfiction Novel*, como el mismo Truman Capote definió su novela *A Sangre fría* (1966), pero sus alcances se han decantado hacia lo que Tom Wolfe denominó en 1977 el *Nuevo Periodismo*: la crónica como una actitud. Para Wolfe, el relato periodístico tendría que construirse escena por escena, como una novela; tendría que sensibilizarse con los personajes para reflexionar la realidad inmediata, entonces tratar de exponer las razones y juicios del otro con el fin de invitar al lector a realizar su propio análisis; y, muy importante, el cronista adoptaría un punto de vista desde dónde relatar su historia que le permita un rango visual amplio.

Estos elementos expuestos por Wolfe son vigentes para cualquier narrador, sin embargo, en el periodismo el terreno no es la fabulación, sino las técnicas para narrar un hecho tomando lo mejor de ambos mundos: el periodístico y el de la novela. En ese tenor, encontramos publicaciones actuales en o sobre Ciudad Juárez, Chihuahua, ubicadas en el género del periodismo narrativo como la de Alejandro Páez Varela (Cd. Juárez, 1968), *La guerra por Juárez*² (2009), acertada compilación

¹ En las más de 300 páginas del documento, su autor relata con detalle los casos de un brote de peste (1665-1666) surgido en Ámsterdam y transmitido por tripulaciones que transportaban algodón a Inglaterra, en especial, Londres. Defoe describe los terrores en torno a esta infección, como el miedo de la gente a salir, a convivir, a pasar junto a otro ser humano, a permitir que otro irrumpa en su hogar y contagie a los suyos.

² En *La guerra por Juárez* escriben crónica: José Pérez Espino (“El último manso”), Sandra Rodríguez Nieto (“Guerra sucia”, “Indicios de resistencia”, “Qué habría yo hecho, que me han pasado tantas cosas”), Marcela Turati (“Juárez, donde colapsó la morgue”, “Sin lugar para los adictos” y “Los daños colaterales del Operativo Conjunto Chihuahua en nueve momentos”), Miguel Ángel Chávez Díaz de León (“El idioma de las cartulinas”, “Mi casa esconde explosivos y armas”, “Mi ciudad, la más violenta del mundo” y “El fin de las noches de Juárez”), Ignacio Alvarado Álvarez (“Camarones en el desierto”, “El Malochito”, “El

de veinticuatro crónicas creadas por periodistas que son también reporteros de medios nacionales y regionales y que son juarenses de origen o por adopción; y País de muertos. *Crónicas contra la impunidad* (2011), textos de periodistas recopilados por Diego Enríquez Osorno, dos ejemplos de un interesante apogeo de prosas desprendidas de investigaciones periodísticas. Su aportación contemporánea consiste en las tesis y técnicas narrativas de géneros en fusión, pero más trascendental, coincidiendo con Alberto Salcedo Ramos, el periodismo narrativo “que hoy leemos como información dentro de unos años será leído como memoria”. (2012: 633)

La recién publicada *Antología de crónica latinoamericana actual* (Alfaguara, 2012), compilada por Darío Jaramillo Agudelo, además de ofrecer un particular calidoscopio de prosas y temas abordados por autores de países como El Salvador, Colombia, Perú, Venezuela, Bolivia, Chile, Argentina, México, etc., propone en la introducción de Jaramillo un excelente revisión de la situación de la crónica como género. “El ornitorrinco de la prosa”, como bautizó Juan Villoro a la crónica en abierta alusión al centauro-ensayo de Reyes, no sabremos si se consolida como el nuevo boom latinoamericano –como afirma Jaramillo en su Antología- pero en definitiva sí es un vigoroso género a través del cual tenemos acceso a la reflexión de nuestras realidades –sobre todo en el plano de la realidad violenta a la que asistimos día a día- y que además responde con elementos eficaces a las exigencias de las narrativas posmodernas: el *mélange* de géneros, la disolución de las fronteras para dar paso a la transversalidad del discurso, como lo plantean los autores compilados por Ale Páez Varela en *La guerra por Juárez*. Ellos visitan en sus crónicas los tópicos juarenses-fronterizos atendiendo los registros del testimonio, del reportaje, la impresión autobiográfica y la recuperación de los imaginarios compartidos.

Alejandro Páez Varela en su texto “Yo soy el *Chapo Guzmán*, todo está pagado”, el narcotraficante real es suplantado por un personaje creado y mitificado por el colectivo y su imaginario. Rayando en lo sobrenatural, las anécdotas protagonizadas por el Chapo, coinciden en lo “volátil” de su ser:

Es difícil saber qué tan ciertas son las apariciones del Chapo Guzmán. Difícil. La gente no habla con las autoridades; nada se ha dicho en la prensa local aunque los reporteros sí traen el dato. ¿Quién denunciaría algo así? ¿Quién se opone al nuevo rey de las cenizas y los cadáveres? Las apariciones se cuentan,

mecánico de la droga”, “La ciudad de las tinieblas” y “El caso De la Rosa”, Enrique Lomas Urista (“La soberbia”, “El pozo” y “Esas almohadas tienen dueño”) y Alejandro Páez Varela (“Domingo Aranda, La Nacha y el origen del cártel”, “De Sinaloa a Chihuahua, y de regreso”, “El niño con Abercrombie & Fitch” y “Yo soy el Chapo Guzmán, todo está pagado”).

sí, pero nadie las da como hechos. Son parte del imaginario. Son anécdotas de la guerra por las plazas, por Chihuahua, Por Juárez. Y ya. (2009: 175).

Páez Varela explora en la crónica una escritura que amalgama los relatos orales con los hechos históricos de la primera década del XXI en esta frontera norte; y en la novela, como en *El reino de las moscas* (2012), se permite fabular a partir de los imaginarios, para dar vida a personajes tan cruentos como el narco Liborio Labrada.

El reino de las moscas, de Alejandro Páez Varela y el reino del necroempoderamiento

En 2010 durante una mesa de lectura en el VI Encuentro Internacional de Escritores Literatura en el Bravo: Ciudad Juárez, el dramaturgo Pilo Galindo anunció públicamente su decisión de ya no abordar temáticas vinculadas con el narcotráfico y/o el crimen organizado porque, palabras más, palabras menos: “ningún sicario, ningún narco, merecen una letra mía”. Las reacciones fueron inmediatas, algunos escritores aplaudieron la consigna al compartir la indignación del dramaturgo; otros, por el contrario, argumentaron que había que abordar esto que ya nos abordó, porque la obra literaria, además de ser un espacio de gozo y divertimento, significa una forma de episteme, no de remediadora de males sociales y/o políticos.

El reino de las moscas (Alfaguara, 2012) novela del juarense Alejandro Páez Varela (1968), inevitablemente continúa la polémica crítica sobre literatura y narcotráfico, pero también contribuye con un fenómeno fascinante: el espavilamiento de la narrativa en esta franja fronteriza. La prosa del nuevo milenio en Ciudad Juárez o sobre Ciudad Juárez es un entrecruce fenomenológico entre el *locus fronterizo* y la suma de tradición intramuros (los talleres literarios) y de otras estéticas.

En la escena internacional, Ciudad Juárez se resignificó imaginariamente como un lugar distópico y apocalíptico. Desde *2666* (2004) de Roberto Bolaño o *Viva la vida. Los sueños en Ciudad Juárez* (2011) de los franceses Baudoin y Troub's, hasta *Callejón sucre* (1997) de Rosario Sanmiguel, *Una isla sin mar* (2009) de César Silva o *Corazón de Kaláshnikov* (2009) del mismo Alejandro Páez Varela, hemos observado la pulsión tanática incrementada a partir de los años 90: feminicidios, necroempoderamiento³ y políticas de desgovernabilidad.

³ El término necroempoderamiento lo retomo del ensayo *Capitalismo gore*, de la filósofa y poeta tijuanense Sayak Valencia. España, editorial Melusina, 2010.

La sensación de que, por el contrario, las cosas no van a mejorar, se arrastra desde lo finisecular hasta nuestros días. El filósofo francés Lucien Jerphagnon en su selecta antología de citas sobre el desencanto humano (*Elogio al pesimismo*, 2010) se suma a esta percepción: “Parece que todo va mal. De hecho, de mal en peor, si he de hacer caso a lo que escuché decir esta mañana. Y también ayer y antes de ayer, si no recuerdo mal. Algunos me han asegurado incluso que va mucho peor que el año pasado por esta misma época” (17).

Jerphagnon compila en su *Elogio al pesimismo* al menos treinta siglos de angustia en voces de poetas, filósofos, intelectuales en pleno lamento por el amor, por la felicidad, la muerte, las guerras, las políticas, el lado oscuro del corazón. Desde la perspectiva científica, el psiquiatra forense Robert I. Simon, contribuye a estas reflexiones al analizar la fascinación por el lado oscuro del alma y cómo esta nos escinde en “buenos” y “malos”:

Millones de ciudadanos honrados son ávidos consumidores de películas, programas televisivos, videos, libros y artículos que retratan el asesinato, las violaciones y otras formas de violencia. Internet se ha transformado en otro vehículo a través del cual los acosadores, explotadores sexuales y otros malhechores dan caza a sus víctimas. Los videojuegos interactivos son otra industria multimillonaria. Un videojuego particularmente violento, Halo, ha vendido decenas de millones de copias en sus tres ediciones. Su credo “Tú matarás”, y en él los jugadores deben dispararse unos contra otros para conquistar espacio. [...] Una de cada ocho películas de Hollywood lleva una escena de violación. Para el momento en que el americano promedio alcance la edad de 18 años, él o ella habrá presenciado 250.000 actos de violencia, incluyendo 40.000 asesinatos por televisión. Los escritores policiales pueden contar con que se ganarán muy bien la vida si exploran el tópico de que casi todos pueden ser inducidos a matar. (2011: 24).

La tesis de Robert I. Simon da título a su estudio: “Los hombres malos hacen lo que los hombres buenos sueñan”, en realidad, y tal como el científico norteamericano afirma, no somos ni totalmente buenos ni totalmente malos. La novela *El reino de las moscas* justamente se propone como reto el develar la empatía de un lector genérico con un personaje románticamente despreciable como lo es el narcotraficante y asesino Liborio Labrada.

El reino de las moscas es la segunda entrega de una trilogía iniciada con *Corazón de Kaláshnikov* y su autor vuelve a decantarse por su natal Ciudad Juárez, como escenario de la siguiente trama: el recuento de los últimos días de Liborio Labrada,

un capo del narcotráfico y del crimen organizado en esta frontera, junto con su pareja Ana y los incautos que tuvieron la ocurrencia de toparse con ellos.

Lejos de posicionarse maniqueamente, Alejandro Páez Varela se apropia de la novela como espacio de reflexión. Zaragoza, población que pertenece al municipio de Ciudad Juárez es el laboratorio del mal, todo en ella se combina para un *phatos* apocalíptico:

¿Quién vivía en Zaragoza? Ni siquiera los migrantes, porque esos, después de intentar sin éxito el sueño americano, se pasaban un tiempo rondando Ciudad Juárez y encontraban lomas más al poniente, en donde es posible armar un cuarto con cartón y palos. [...] En Zaragoza vivían los de mayor pobreza. Vivían los despojados del Valle de Juárez, nietos de indios insumisos que todavía a principios del siglo XX cortaban cabelleras y andaban con orgullo a caballo [...] ¿Quién vivía en Zaragoza? Personas en duelo permanente [...] Zaragoza es el reino de las moscas. Sólo se iban al instante de la tragedia; durante los diluvios o en las nevadas. Y un segundo después aparecían cantidades groseras a reclamar lo que les pertenecía, a pararse en los labios de los niños y en las frentes de todos. (39-41).

La retórica de “vivir” como verbo, multiplica su significado: tener vida, funciones vitales, pero también es durar con vida, habitar o morar un territorio. Los de Zaragoza son dolientes que pueblan un espacio límbico⁴ y las moscas, como vehículo metafórico, acentúa a cada instante la condición thanática de Magdalena, Moisés, Max, Víctor y su esposa Esperanza. Estos personajes se contraponen a la pareja protagónica de la novela: Liborio Labrada y Ana, quienes viven en Ciudad Juárez y, a diferencia de los otros, nadan en dólares.

Alejandro Páez Varela, periodista de oficio, recurre a la hibridez genérica de la crónica, el reportaje y la ficción como lo apreciamos en textos anteriores, a saber, *No incluye baterías o Paracaídas que no abre*. En *El reino de las moscas*, la prosa conquista una fuerza poética indiscutible, sustentada por la arquitectura de la metáfora. Ciudad Juárez, territorio distópico, no es sólo sus barrios centrales sino todo un municipio, el Valle y los pueblos que han sido devorados por la mancha urbana. Ahí localizamos a Zaragoza, ese reino de las moscas, desvalijado por los grupos delictivos a partir de 2007. Los niveles narrativos en la novela ascienden y descienden del limbo de los muertos a las calles polvosas de ese universo que Páez deconstruye en dos ejes: el imaginario bíblico (los personajes antagonicos se llaman

⁴ Sistema límbico: Parte del cerebro implicada en las emociones, el hambre y la sexualidad.

Moisés y Magdalena, todo el tiempo encontramos citas del Nuevo Testamento y del pensamiento de religiones alternas al catolicismo), y por otro lado, la exposición del sinsentido de la vida (tortura, asesinato, enriquecimiento a lo vil y vacuo, la fosa común). Porque sus personajes ya están muertos en vida, cuando ocurre la muerte física, la transición es inmediata, no hay sorpresas sino certezas: “La muerte es una neblina que al principio desorienta, pero después se va disipando. Es el fin de la memoria, también, y el principio de los recuerdos” (17).

En lo alto del Cerro Bola, un referente orográfico en Ciudad Juárez, se aprecia la siguiente leyenda: “Ciudad Juárez: lee la Biblia. La Biblia es la Verdad”, éste es el mandato reinante en la novela de Alejandro Páez, una grotesca representación de una sociedad estratificada verticalmente y sumida en la ignominia. No hablamos de patriarca, hablamos de tirano (narcodominador) y debajo de él, Ana (“la mama vergas”) (89). Ana se enamora de Librado igual que lo han hecho las víctimas de secuestro, por empatía clínicamente denominada como Síndrome de Estocolmo.

A Liborio le es encomendado el cobro de un secuestro en Cuauhtémoc, Chihuahua. El objeto de trueque es Ana, la hija del deudor. En ese momento narrativo se restablece la retórica de la muerte en vida: Liborio querrá a Ana para el resto de sus días y la mujer es negociada y comprada:

Dos veces hablé con él, con el esposo de Ana. La primera fue para decirle que cerrara la boca porque estaba complicando las negociaciones. ‘Vamos a tener que matarla si no cierra el hocico’, le dije. ‘Sí, sí, está bien. No la toquen’, me contestó con un tono chillón que me dijo que en realidad haría más ruido para que la matáramos y quedarse con el dinero de ambos. [...] -¿Entonces Ana está viva?. – Está muerta. Y su muerte no es gratis. [...] –Está muerta para usted, cabroncito, entienda –le dije”. (69-70)

Ana adopta el apellido Labrada, sus horas transcurren en una casa bonita en Ciudad Juárez, sus días cuentan los cruces a El Paso a comprar ropa y langostas to go en el Red Lobster. Ana tiene una perra preñada que tampoco sobrevivirá a los vientos machos, Ana no tendrá hijos, Ana será depositada con el rostro deformado y el cuerpo atravesado por balas, en una fosa común, donde, dice Liborio, no es novedad porque muchos de nosotros vamos a dar ahí.

La novela de Alejandro Páez se sensibiliza con el contexto mexicano contemporáneo al situar a sus personajes en los terrenos de la biopolítica y la necropolítica. El término de Foucault, biopolítica, es entendido a grandes rasgos como el impacto del poder (político, del Estado) en la vida de las personas; la filósofa Margarita Valencia

propone el uso de necropolítica como un contravalor inscrito en el rango de la biopolítica, pero que radicaliza, desacraliza y mercantiliza los procesos de morir:

las exigencias capitalistas han hecho que el vivir y todos sus procesos asociados se conviertan en mercancías, lo cual se puede parangonar con lo que entendemos como necropoder puesto que éste representa la gestión del último y más radical de los procesos del vivir: la muerte. [...] La necropolítica es importante porque vuelve a situar al cuerpo en el centro de la acción sin sublimaciones. Los cuerpos de los disidentes distópicos y los ingobernables son ahora quienes detentan —fuera de las lógicas humanistas y racionales, pero dentro de las racionalistas-mercantiles— el poder sobre el cuerpo individual y sobre el cuerpo de la población, creando un poder paralelo al Estado sin suscribirse plenamente a él, al mismo tiempo que le-disputa su poder de oprimir. (2010: 168-169)

La propuesta de Valencia se encamina a la necesidad de atender las manifestaciones de la hiperviolencia en el marco del hiperconsumo. El necroempoderamiento, es entendido como la conservación del poder por medio del ejercicio de la violencia (175). Las dinámicas del poder en la novela de Páez son evidentes en los cuerpos y sus metáforas. Liborio exaltará las perfectas nalgas de Ana aunque estén llenas de moretones por culpa de la cabalgata que emprenden para huir. El bello rostro de su mujer, pierde sus atributos cuando Ana no se detiene en un retén, su auto es baleado y ella es expulsada derrapándose varios metros en el asfalto. La infelicidad cotidiana de los personajes será sustituida por lo que Freud llamó la miseria neurótica.⁵ Lo bio se extrema con lo necro. De ahí que el discurso se enuncie desde la muerte donde entonces hay una plena conciencia de la reconciliación entre dobles opuestos: a) lo femenino y lo masculino (parejas: Ana y Liborio / Magdalena y Moisés); b) los masculinos contrarios (Liborio Labrada Hijo / Don Antonio Labrada Padre); y c) los masculinos contrarios complementarios negativos (delincuente y policía corrupto: Liborio L. Hijo/ Cuco Ramírez Hijo.) y contrarios complementarios positivos (Don Antonio Labrada Patrón / Cuco Ramírez Administrador, padre del policía corrupto).

En la verticalidad del necroempoderamiento, el otro rostro de Jano lo personifican Magdalena y Moisés,⁶ ambos testigos de Jehová y habitantes de Zaragoza. Magdalena es la trabajadora doméstica de los Labrada y junto con su novio planean asaltar la casa. El atraco será frustrado y en pocas horas Moisés quedará en manos

⁵ Recupero el comentario de Robert I. Simon: "Sigmund Freud ha insistido en que el objeto del psicoanálisis era sustituir la infelicidad cotidiana del hombre por miseria neurótica" (29).

⁶ Pero también debajo del tirano testigo de Jehová, Víctor, un personaje secundario que representa el poder en estratos marginados, localizamos a Esperanza, su mujer que muere por negligencia.

de Liborio. La escena de la tortura de Moisés es la síntesis de lo hasta ahora expuesto: el cuerpo al centro (Moisés amarrado en una silla, golpeado repetidas veces) y a un lado, Liborio Labrada y Ana comiendo langostas congeladas de El Paso mientras las moscas y la fetidez en el ambiente completan el cuadro aberrante. Luego de varios días, Moisés, el cuerpo, será aventado y sus torturadores serán asesinados y Magdalena intentará sin éxito, el suicidio.

En psiquiatría los juicios de valor “bueno” o “malo” no aportan al análisis de la condición humana pues estos se sitúan en el plano filosófico y/o teológico. Lo que acontece en un proceso de análisis es la identificación de las empatías. Nuestra capacidad para la empatía es limitada, dice el psiquiatra forense Simon, “sólo podemos alcanzar a absorber una determinada cantidad de dolor de la vida de los otros, y ciertamente no podemos abarcar la monstruosidad del genocidio” (45). El dolor individual no es medible y su naturaleza se inscribe en los discursos de las subjetividades.

En las secciones policíacas mexicanas, hoy notas principales, la enumeración de cuerpos completos o en partes, se caracteriza por la ausencia de nombres propios.⁷ Moisés, en mimesis con la realidad, será un muerto más en el territorio mexicano que aparece torturado y asesinado; Liborio y Ana, otros más que yacerán sin nombre en la fosa común.

¿Cómo establecer la empatía con estos personajes?

Hacia el final de su novela, Varela Páez da un giro significativo: “abandona” la trama principal para analépticamente situar al lector en la génesis de los Labrada. Al conocer esta historia con sorpresa descubrimos los cruces de vida, el padre del policía corrupto, Cuco Ramírez, fue fiel administrador y amigo de don Antonio Labrada. Los hijos de esta generación son los que emigran a Ciudad Juárez para reescribir no sólo su historia familiar, sino la de una comunidad.

El reino de las moscas rebasa la narcotemática para plantear una parábola de la relación que establecemos con el dinero o con la idea de riqueza, que nada tiene que ver con vivir o no en Ciudad Juárez. Las descripciones hiperbólicas de cómo en la casa de la pareja formada por Ana y Liborio Labrada se desparraman los fajos de dólares (en el piso, debajo de colchones, en cajones, en clósets, en las mesas), contrasta con el cuidado que tiene don Antonio Labrada en compañía de su incondicional Refugio Ramírez de cambiar billetes nacionales por monedas de oro y

⁷ “Joseph Stalin, uno de los peores asesinos genocidas del siglo XX, lo sabía; se ha dicho que dijo: ‘Una muerte es una tragedia; 20 millones de muertes son estadística’. (Simon, 45).

luego esconderlas en diversos lugares. Don Antonio, en su lecho de muerte, urgirá a su esposa que recupere el oro con ayuda de su administrador y capataz. Sin embargo, antes de dar con el lugar, el tren en el que viajan sufre un fatídico percance. El oro del padre se queda escondido en la tierra y en la memoria de los muertos. Los dólares de Liborio Labrada se los lleva literalmente el viento, y unos poquitos Magdalena quien no sabe qué hacer con tanto dinero.

Lejos de cerrar filas contra la idea *naïf* y de limitado espectro de que la literatura del norte se circunscribe a la temática del narco y que el “inicio” editorial de la misma – como lo señaló el crítico Rafael Lemus en 2005- coincide con las manifestaciones sobrepuestas de la violencia en México, *El reino de las moscas* de Páez, *Una isla sin mar* (2009) de César Silva Márquez o *Siembra de nubes* (2011) de Oswaldo Zavala invitan a una lectura descentralizada y a la no dicotomización del mercado editorial: escritores *mainstream* (aquellos que son promovidos de acuerdo con el amplio registro de lectores y por ende de difusión y aceptación), y escritores *outsiders* (los que están al margen de los centros hegemónicos apostando por otras poéticas y lectores).

En las primeras páginas de este ensayo rescatamos el ejercicio del periodismo narrativo con la intención de enfatizar las estrechas relaciones entre el discurso ficcional y la crónica de alcances socialmente inmediatos. La apuesta de autores como Alejandro Páez Varela es convocar a la reflexión de una realidad a partir de la fabulación de la misma. Entonces, después del libro, será menester leer los signos en las calles, en los titulares, en cada vocablo, imagen, sentencia y rostros.

Bibliografía

Breithaupt, Fritz. *Culturas de la empatía*. Madrid: Kats Editores, 2011. Impreso.

Defoe, Daniel. *Diario del año de la peste*. Madrid: Impedimenta, 2010 [1722]. Impreso.

Jerphagnon, Lucien. *Elogio del pesimismo. Cualquier tiempo pasado fue mejor*. Barcelona: Barril Barral editores, 2010. Impreso.

John Hersey. *Hiroshima*. Barcelona: DeBolsillo, 2009. Impreso.

Páez Varela, Alejandro. *El reino de las moscas*. México: Alfaguara, 2012. Impreso.

Polifonía

Simon I, Robert. *Los hombres malos hacen lo que los hombres buenos sueñan*.
Argentina: Polemos, 2011. Impreso.

Valencia, S. Margarita. *Capitalismo gore*. España: editorial Melusina, 2010. Impreso.